

LA DRO



La mayor parte de las mujeres elabora el haschich a la puerta de sus casas. Después de secados al sol, los tallos se trituran con la mano sobre una tabla, quedando reducidos a un polvo de color gris que se coloca en recipientes de diecisiete litros. El cultivo se hace por la zona montañosa que separa el Líbano de Siria, donde también siembran marihuana y se dedican al contrabando. El tráfico clandestino rinde más que el cultivo y es realizado por nativos que van armados y dispuestos a todo si son sorprendidos por los policías.

Las cifras que arrojan las estadísticas —siempre incompletas y aproximativas— sobre el tráfico de droga en el mundo, y especialmente en países como Estados Unidos —100.000 toxicómanos—, donde puede hablarse de una verdadera plaga, resultan, a veces, escalofrantes. Pero sólo se refieren al consumo más o menos controlado. Al margen de toda investigación, protegidos por una tupida red, que cuidadosamente evita toda posible filtración, quedan los que, verdaderamente, se enriquecen con el siniestro comercio. Y el que de vez en cuando se desmonte alguna pequeña organización secundaria no basta para aclarar las cosas. En el fondo, la poca luz que existe sobre la materia no pasa de sacar de la sombra —y sólo hasta cierto punto— más que los dos eslabones extremos de la larga cadena, el productor y el consumidor, generalmente pobres gentes en relación a las dimensiones profundas del tinglado.

En todo caso, y aunque no se trate más que de un primer elemento del complicado engranaje, no deja de ser interesante el acercamiento a quienes, en una situación peculiarísima, están en el origen del tráfico. El Líbano, en este terreno, es posiblemente, en la actualidad, el país en que más abiertamente se cultivan las plantas que, gracias a una posterior elaboración, se convertirán en estupefacientes. Al desaparecer la dominación francesa y adquirir el país su independencia la vigilancia, extremadamente estricta, que hasta entonces se había ejercido sobre todo lo que se relacionaba con la droga, se hizo más flexible. No se trata, naturalmente, de que hoy el tráfico y cultivo del ecáñamo indios se haga ante la vista de todos. Pero sí parece que las condiciones en que se realiza distan bastante de ser las que rigieron hasta hace pocos años.

En primer lugar, sorprende, al llegar a Beirut, la facilidad con la que sin recato ninguno, las gentes solicitan su dosis de estupefacientes en establecimientos que, no por no ser conocidos de todo el mundo dejan de poder considerarse públicos. Desde la muchacha de cabaret, que se hace llevar a la mesa su cocaína, hasta las gentes más modestas que, en lugares menos suntuosos, se conforman con fumar su narguile, la consumición de los tóxicos se hace poco menos que a sabiendas de las autoridades. Por otra parte, la menor vigilancia de los últimos años ha hecho que los precios de consumo, especialmente para el haschich, se hayan hecho casi «populares». En cuanto se vuelve la espalda al puerto de la capital y se adentra uno en las callejuelas en las que se hacina un submundo de gentes desarraigadas, lo primero que choca es un olor característico, como de cuerda que-



GA VIENE DE ORIENTE

mada, que emana de los cafetines y tabernuchos y llega a impregnar las ropas. En cualquiera de esos locales, sin más ruido que el de los dados que resuenan sobre las cajas de tric-trac, el juego nacional libanés, es posible distinguir en la penumbra a consumidores que ni beben ni juegan, sino que se limitan a fumar parsimoniosamente del largo tubo en cuyo hornillo crepita un puñado de tabaco húmedo al calor del carbón encendido. Pero el tabaco del narguilé está generosamente espolvoreado de haschich. El olor no deja lugar a dudas.

Ahora bien, si esto no es sino una muestra de la apertura de mano en lo que se refiere al consumo, las cosas no son tan simples en lo relativo a la producción. Y, en todo caso, las gentes que a ella se dedican desconfían y tienen montados verdaderos sistemas de defensa, con sus ejércitos irregulares y sus mecanismos de seguridad. Muchas veces, la protección que se busca lo es más contra los posibles ladrones que contra las autoridades, que puede considerarse que toleran el cultivo del haschich. Como el tráfico es bastante más rentable que el cultivo, los campesinos cuidan de que sus esfuerzos, que ya en principio están lejos de proporcionarles compensaciones económicas en relación a los precios de adquisición de la mercancía por el consumidor, resulten totalmente baldíos.

El cultivo del cáñamo indio, nombre común del haschich, se ha desarrollado ampliamente alrededor de los pueblos, especialmente de los situados en las zonas elevadas, juntamente con el de la marihuana. Se trata de plantas susceptibles de ser cultivadas en tierras pobres y que exigen un trabajo no excesivo. Son los extremos floridos de los tallos del cáñamo los que producen el extracto almibarado cuyo principio activo es la canbina o haschichina, que los orientales conocen desde la más remota antigüedad y que se usa en medicina a causa de sus propiedades narcóticas y analgésicas, especialmente como sedante para los dolores gástricos. Generalmente, el haschich se vende sobre el terreno a los grandes comerciantes, antes de ser sometido a ningún tratamiento, y una parte del dinero que se obtiene de las ventas es entregada al pequeño ejército de defensas que de este modo va reponiendo sus armamentos.

En efecto, los caminos que conducen de las plantaciones a los pueblos son vigilados día y noche por guardianes armados que tienen por misión velar por la seguridad de las caravanas compuestas por los camellos o caballos que, cargados de haschich, se dirigen sea al Mediterráneo a través de los puertos de Beirut o Saida, sea al desierto sirio para la venta del



Los mayoristas compran el haschich en rama, sin elaborar. Después es llevado en caravana hasta los pueblos para realizar su preparación. Abordar una caravana equivale a un suicidio seguro para los desconocidos.



producto a los países árabes. Otras veces la droga es cargada discretamente en camiones y enviada a centros de venta o de fácil transferencia a otros países.

La cosecha se lleva a cabo generalmente por mujeres, que recojen las flores de la planta y los altos tallos que contienen el jugo que producirá la droga. Los tallos se extienden al sol y, después de varios días de exposición, el cáñamo se corta en montones regulares. Una vez secos los tallos, las mujeres trabajan en ellos ante las puertas de sus casas, triturándolos a mano hasta reducirlos a un polvo grisáceo, que se transformará más tarde en una epasta endurecida por un procedimiento de fermentación. El producto así obtenido es confiado a los *epasadores*, que lo llevan a los puestos de reunión y que muchas veces sucumben a manos de los policías o de las bandas rivales. Y a partir de ese momento, se trate de la compra del producto en estado puro o ya elaborado, empieza el verdadero tráfico, ése sobre el que, hasta hoy, es poco menos que imposible saber nada y que mueve, en realidad, sumas de dinero a cuyo lado las pequeñas ganancias que quedan a cultivadores y elaboradores primarios resultan ridículas. Pero, aparte la organización perfectísima de quienes se dedican a él, los intereses que se mueven a su alrededor son demasiado importantes para que pueda pensarse que el misterio que le rodea pueda disiparse en fecha cercana...

(Reportaje gráfico de Agencia Zardoya)